SEXUALIDAD Y RELIGION: CRÓNICA DE UNA REBELIÓN ESPERADA

Willy Oscar Muñoz
Kent State University

La dinámica que condiciona el comportamiento de los personajes de *Crónica de una muerte anunciada* revela fuerzas subterráneas que desde tiempos remotos separan al hombre de la mujer, sexual y socialmente. La naturaleza de este condicionamiento es consecuencia de una doble tradición androcéntrica: una civil, que genera leyes orgánicas que perpetúan las expectativas de un sistema patriarcal, y otra eclesiástica, complementaria de la anterior, que se ciñe a las exigencias de la doctrina de una Iglesia oscurantista. Para librar a este pueblo de este lastre de doble filo, García Márquez elabora una historia cuyo correlato paródico del cristianismo cuestiona seriamente los mecanismos de la relación entre los sexos, la arrogancia masculina que se ha apoderado de un falso privilegio y el lastimoso estado de inferioridad al que se ha sumido a la mujer. Al sopesar estas esferas de valores enajenantes, el autor concluye que tal situación va en detrimento tanto del hombre como de la mujer, y que necesariamente conduce a la tragedia. En este sentido, *Crónica* busca un nuevo principio que redima y humanice a ambos polos en una relación más armónica.

Analicemos primero la alienación que se produce en el «círculo civil,» cuyo núcleo de acción es el hogar. Allí la mujer se halla subordinada al varón, la niña debe aprender a ser madre y el niño a hacerse hombre,¹ es decir, la una es condicionada para moverse en el reducido círculo doméstico y el otro para ejercer tareas públicas² y llevar las riendas de la economía. Esta asimetría de los sexos está protegida y robustecida por instituciones y costumbres hechas a la medida del varón, en cuyo orbe la pasividad y resignación de la mujer perpetúan el mentado «orden natural» puesto que toda desviación de él parecería ir contra natura.³ Este ambiente explica por qué Bayardo San Román tiene el

derecho de devolver a la novia a su casa la noche misma de la boda cuando se entera de que ella no es virgen. En estas circunstancias, la moral prevalente demanda que la familia de la ultrajada halle y castigue al profanador puesto que la consumación del acto carnal que no acate los requerimientos de la costumbre se torna en vejación y adquiere el rótulo de «asunto de honor.»⁴ Y por la misma razón, cuando los hermanos Vicario se enteran del nombre del autor del agravio, heredan la terrible obligación moral de la venganza. Ellos quisieran no tener que ejecutar la sentencia, pero son empujados por toda una tradición ancestral que anula el libre albedrío, y no tienen otra alternativa que cumplir el horrible compromiso que les ha caído encima.(*). Igualmente, cuando Santiago se entera de que lo andan buscando para matarlo, se turba, no por miedo sino porque él está muy consciente de los resortes que mueven el comportamiento de su sociedad. Comprende exactamente que a pesar de las ínfulas mundanas adquiridas en su vasta experiencia de andariego, Bayardo San Román «estaba tan subordinado como cualquier otro a sus prejuicios de origen» (p. 132), vale decir, sujeto a su condición de hombre, supeditado a demandar una virgen por esposa aunque él mismo no posea este estado. Santiago conoce la mojigatería de su mundo y está seguro de que la naturaleza simple de los gemelos no es capaz de resistir al escarnio. Consecuentemente está fatalmente señalado y ya nadie puede impedir una muerte tan anunciada.

El «círculo eclesiástico,» por su parte, ha enfatizado la importancia de imitar la vida de Cristo, especialmente por su sacrificio por la humanidad, en su papel de víctima propiciatoria. Precisamente, la tradición cristiana espera que la mujer, más que nadie, gane recompensas por medio de su sufrimiento y resignación, e idealiza en ella la pasiva aceptación de su forma de vida, la humildad, el sacrificio por los otros -otros, en este caso, significa varón. Si la mujer reacciona contra esta imposición es considerada «mala,»(*) encarnación de la tentación y de lo siniestro.⁵ De esta manera la Iglesia prolonga la condición de inferioridad de la mujer, al condenarla a un estado servil, al demandar de ella abnegación, y al considerar esta situación como «natural,» concebida de acuerdo a un plan divino.⁶

(*)A través de toda la novela se reitera el determinismo cultural que empuja a los hermanos Vicario a matar a Santiago contra su voluntad. Baste parafrasear el texto de las páginas 67-68 que indica que los hermanos Vicario no hicieron nada de lo que convenía para matar a Santiago sino que hicieron mucho más de lo que era imaginable para que alguien les impidiera cometer el crimen, pero no lo consiguieron. Para otros ejemplos de este determinismo, véase especialmente pp. 69-80.

Para mostrarnos la dinámica del condicionamiento de la Iglesia, que de una manera también subterránea contribuye al determinismo del comportamiento de las gentes, García Márquez en ningún momento levanta el dedo acusador para desmitificar la espiritualidad de la religión, ni grita contra la doctrina del fin último del hombre, del retorno al estado de la gracia primicial. Sino que, artísticamente va socavando las enseñanzas de la Iglesia por medio de una narración que sutilmente se torna en paralelo, parodia de los libros sagrados. La primera pista del correlato paródico se halla en el obsesivo uso de nombres masculinos que tienen un doble bíblico, como Cristo, Santiago, Pedro, Pablo, o que denotan un estado virginal en la mujer, como Purísima, Angela, Divina Flor. El uso de tales nombres parece indicar que la religión de una manera subrepticia o inconsciente determina las estructuras del comportamiento de estas gentes, puesto que el nombrado debe supuestamente emular la conducta del santo de cuya naturaleza participa.

Detengámonos un instante a subrayar cuan relevantes son las referencias extratextuales para la interpretación de la novela. De entre todos los seguidores de Cristo, el apóstol Santiago es el que tiene una mayor carga histórica y afectiva en la tradición española. Este apóstol, después de que hubo sufrido el martirio fue trasladado a las costas de Galicia por sus discípulos, donde después de la Ascensión del Señor a los cielos estuvo desempeñando, por disposición divina, el ministerio del apostolado.⁷ Históricamente, como un campeón cruzado se aparecía montado en un caballo blanco, portando un estandarte también blanco, y con una grande espada reluciente en la mano, ayudaba a los cristianos a derrotar a los infieles árabes. De esta manera instituyó otra fe bélica que se oponía al asimismo fanático bando musulmán. Por otra parte, una vez que el culto a Santiago hubo echado sus raíces, con la apertura del llamado camino francés, con el asentamiento de la orden de Cluny y otras no menos importantes, los reinos cristianos de la Península Ibérica se mantuvieron en contacto con el resto de Europa y se hicieron contemporáneos con respecto al continente, apertura que revitalizó el arte, sus instituciones, costumbres y formas de expresión lingüística. El hispanista Américo Castro concluye que

Al situar la fe en Santiago en un espacio, en un tiempo, en una tradición de cultura y en un funcionamiento de vida, su realidad se hace tan plausible como valiosa. La necesidad, la imaginación y la voluntad de los acorralados en el noroeste de la Península

inyectó nueva vida - vida cristiana - a un motivo tradicional, latente en Hispania . . .⁸ (El subrayado es nuestro).

En el aspecto religioso, la fe popular por Santiago no sólo lo considera como el más caro apóstol de Cristo, sino que inclusive lo hermana con el Nazareno. En una epístola apócrifa del seudo Ignacio se lee que el «venerable Santiago, llamado el Justo, quien, según es fama, se asemeja muchísimo a Cristo Jesús en su vida y en su trato con las gentes, *como si fuera un mellizo nacido de la misma matriz*: dicen que si [uno] lo viese vería al mismo Jesús, sin hallar variación en un sólo rasgo de su cuerpo.»⁹ Lo que equivale a decir que lo que caracteriza el culto de Santiago hasta el siglo XII es el propósito de destacar la proximidad e intimidad del apóstol con Jesucristo.

Existen otros paralelismos entre personajes bíblicos y personajes de la novela: uno que cobra importancia es la historia de los apóstoles Pedro y Pablo que en los inicios de su trayectoria están ligados a la tradición de los gemelos Cástor y Pólux. Como en muchos casos, el culto a los santos de la incipiente religión simplemente reemplazó el de los ídolos o héroes paganos: así sucedió con Pedro y Pablo que ocuparon el lugar de los Dioscuros paganos, Cástor y Pólux. Al estar intrínsecamente ligados a los mellizos, estos apóstoles son también percibidos como una pareja por la tradición,¹⁰ de ahí que no nos sorprende que en la novela los hermanos Vicario, que responden a los nombres de los apóstoles, sean gemelos.

La identificación de Santiago, el apóstol, con Jesucristo nos sirve para señalar cómo estos personajes históricos trajeron una nueva vida a sus pueblos, y cómo su sacrificio instituyó un nuevo pacto espiritual. El Santiago de la novela, este otro Cristo, sufre también un sacrificio que es, a nuestro parecer, una consecuencia directa de aquel pacto. En el resto de este análisis intentaremos dejar sentado cómo se establece la identificación de este personaje con Jesucristo y qué efecto tienen sus sacrificios en la mujer.

Una lectura simbólica de *Crónica* posibilita una recreación distorsionada de la crucifixión de Cristo. Empezando por el título, la muerte anunciada, la sentencia de Santiago que estaba escrita desde siempre (p. 65), equivale a la profecía del sacrificio del redentor. En la novela, el día del calvario de Santiago empieza cuando el obispo,

(*)El término «mala» aquí se refiere a la clasificación tradicional que la Iglesia hace entre los «buenos,» que se sentarán a la diestra del Padre, y los «malos,» que se sentarán a la siniestra. En esta vida, la mujer que se aparta de la norma es considerada como la encarnación de algo siniestro.

representante de una Iglesia burocrática, pasa de largo dejando al pueblo congregado. Parece haber una relación de causa y efecto entre la partida y el canto de los gallos - «Entonces se acabó el pito del buque y empezaron a cantar los gallos» (p. 22). Es ampliamente conocido el canto del gallo como uno de los signos que anuncia el vía crucis. En ambos casos, en la biblia y en la novela, una vez que el mecanismo ha sido puesto en movimiento ya nadie puede pararlo: ya nadie puede cambiar el destino de Santiago, el dueño de la hacienda *El Divino Rostro*;(*) los hermanos Vicario no pueden más que preparar los instrumentos del sacrificio; vano es el esfuerzo de Lázaro Aponte que les quita los cuchillos e irónicamente los manda a dormir; así como fútil es el afán de su amigo inseparable, Cristo Bedoya, que busca impotente a Santiago *para salvarlo*. (**) Entonces los hermanos Vicario se ensañan con Santiago, llevando a cabo el cruento sacrificio. Por las heridas en el costado, por la punzada en la palma de la mano derecha, reza el informe médico, el cuerpo del sarraceno(***) «Parecía un estigma del Crucificado» (p. 99). La identificación de Santiago con Jesucristo no podía ser más obvia.

Es más, como todo el pueblo acepta tácitamente los acontecimientos que van a suceder, y como las consecuencias reflejan el sentir de la comunidad, su participación adquiere proporciones épicas, y el hecho de sangre tiene todo el carácter de un ritual colectivo, del sacrificio de una víctima propiciatoria. La gente como una congregación empieza a tomar posición en la plaza para presenciar el acto. Inconscientemente el pueblo asiste y se comporta como corresponde a la gravedad de un rito pagano-religioso. Santiago y Cristo Bedoya «caminaban en el centro sin dificultad, dentro de un círculo vacío, porque la gente sabía que Santiago Nasar iba a morir, y no se atrevían a tocarlo» (p. 134). Esa reverencia es propia del sacrificio, cuando la víctima ya purificada de todo lo terrenal, inmaculada marcha al altar. Lo pagano del ritual se hace manifiesto cuando Bedoya nota una actitud distinta hacia ellos: «Nos miraban como si lleváramos la cara pintada» (p. 134) dice. Santiago es la

(*)En algunos países latinoamericanos el pan es considerado como la «cara de Cristo,» al asociárselo con la hostia, el alimento para el espíritu. Aquí *El Divino Rostro* es un negocio cuya ganancia alimenta el cuerpo. A pesar de la discrepancia, la identificación de Santiago con Cristo se hace evidente.

(**)Siguiendo nuestra teoría, aquí *Cristo* Bedoya no puede salvar a Santiago puesto que su legado es precisamente una de las causas de la expiación de este hombre.

(***)Los vocablos «sarraceno» y «Nasar» parecen ser anagramas de «Nazareno.» Esta otra forma de identificación refuerza la idea de que Santiago, como Cristo, será inmolado por las faltas de su sociedad.

víctima pintarrajeada como signo visible de su condición de ofrenda que camina acompañado por su sacerdote.

A pesar de que el pueblo no puede reprimir un grito primario al sentirse «espantado de su propio crimen» (p. 153), todavía sostiene que los

protagonistas de la tragedia habían cumplido con dignidad, y hasta con cierta grandeza, la parte de favor que la vida les tenía señalada. Santiago Nasar había expiado la injuria, los hermanos Vicario habían probado su condición de hombres, y la hermana burlada estaba otra vez en posesión de su honor, (pp. 109-10)

El sacrificio de Santiago es la consecuencia directa de una sociedad donde los sexos se hallan incomunicados, alienados. Paga con su vida las imposiciones de una sociedad machista, sucumbe ante el culto de la virilidad, cuyas características más sobresalientes son «agresividad e intransigencia exageradas en las relaciones de hombre a hombre, y arrogancia y agresión sexual en las relaciones de hombre a mujer.»¹¹ De acuerdo con este culto, el varón está impelido a forzar sexualmente a la mujer, y al mismo tiempo el código machista le demanda castigar al desvirgador. Para probar su hombría, pues, el hombre debe estar dispuesto a matar y a ser muerto; ser, al mismo tiempo, victimador y víctima. En estos hilos trágicos están atrapados los hermanos Vicario y Santiago.

El condicionamiento sexual asimétrico responde a la dicotomía del «yo» y del «otro,» masculino el uno, femenino el otro, que en una dialéctica privada de síntesis puede representarse por el modelo activo-pasivo, mente-cuerpo, intelecto-afectividad, externo-interno, superior-inferior.¹² De estas correspondencias, el *modus vivendi* de la mujer, que parece modelado de acuerdo a las bienaventuranzas, le fuerza a llevar una vida caracterizada por el espíritu de sacrificio y abnegación, dedicada a la sola atención del marido y a la crianza de los hijos. Por eso Purísima puede decir de sus hijas, «Cualquier hombre será feliz con ellas, porque han sido criadas para sufrir» (p. 44). En esta sociedad cerrada, la mujer es vista exclusivamente como esposa, madre o hermana, y la única manera de obtener respeto, poder y posición social es a través de su relación personal con los hombres.¹³ La desigual polaridad que existe en la percepción de los sexos se halla lacónicamente burilada en la apreciación del narrador sobre la familia Vicario, ejemplo de este microcosmos: «Los hermanos

fueron criados para ser hombres. Ellas habían sido criadas para casarse» (P. 43).

Yuxtapuesta a esta esfera androcéntrica se hallan las demandas que la Iglesia impone sobre el comportamiento sexual de los feligreses. A pesar de que las restricciones son aplicables a ambos sexos, la sociedad prescribe una absoluta abstinencia prenupcial para la mujer, y tolera una solapada complicidad para con el varón. La comunidad, al llamar a las mujeres, Purísima, Angela, Divina Flor, Plácida, les recuerda a diario la obligación que tienen de mantener su castidad y de conformarse con su suerte. Huelga decir que la población femenina expuesta a estas limitaciones sufre de una honda represión sexual, la que se manifiesta visiblemente después de la muerte de Santiago cuando, por ejemplo, Hortensia Baute, cuya única participación en el sacrificio fue haber visto ensangrentados dos cuchillos que todavía no lo estaban- nótese la alusión al valor agresivo que la sociedad asigna a la función fálica, en el cuchillo que rasga, penetra y viola - cae en una crisis de penitencia, y un día no puede soportar más y se echa desnuda a las calles. Otro ejemplo es el de Aura Villeros, la comadrona que había ayudado a nacer a tres generaciones, y que sufre un espasmo de vejiga que hasta el día de su muerte le impone el uso de una sonda para orinar.

Angela Vicario, a pesar de haber sido educada para perpetuar el modelo tradicional descrito anteriormente, solitaria y conscientemente niega el determinismo impuesto a su anatomía. Ella ya no se encuadrará jamás a la norma, a la imagen de lo femenino que su cultura tiene¹⁴ porque ésta le resulta ajena a su persona. Entonces procede a desligarse de las restricciones de condicionamiento implantadas en ella por siglos de opresión psicológica para integrar, conectar y armonizar las funciones constitutivas que le han sido sistemáticamente alienadas en su proceso de socialización.¹⁵

La muerte de Santiago no constituye sino otro factor más en la liberación de Angela, la que aspira no a una vida futura paradisíaca sino a una coexistencia más humana, más igualitaria en el presente. Santiago no la salva, no causa la revolución interna en ella, pero la absurdidad de su muerte justifica *a posteriori* las acciones de Angela. Es decir, no hay liberación paternalista, foránea, sino que Angela misma es la norma de su propia hechura. En este sentido, es ella el único personaje que nada contra las corrientes determinantes del sexo, la educación, la raza, la posición social y el tiempo histórico,¹⁶ solamente ella impone su libre albedrío. Estructuralmente, en esa esfera androcéntrica, sólo ella avanza la acción de la novela.

Es porque no acata dócilmente los dictámenes de su sociedad que Angela reacciona con horror la noche en que sus padres «le impusieron la obligación de casarse con un hombre que apenas había visto» (p. 48). Cuando llega la noche de bodas no oye el consejo de aquellas expertas en chanchullos de hombres que «le enseñaron artimañas de comadronas para fingir sus prendas perdidas, y para que pudiera exhibir en su primera mañana de recién casada, abierta al sol en el patio de su casa, la sábana de hilo con la mancha del honor» (p. 53). Ella admite al narrador años después que no hizo nada de lo que le dijeron porque mientras más lo pensaba, más se daba cuenta de que *todo aquello era una porquería* que no se le podía hacer a nadie, y menos al pobre hombre que había tenido la mala suerte de casarse con ella. «De modo que se dejó desnudar sin reservas en el dormitorio iluminado, *a salvo ya de todos los miedos aprendidos* que le habían malogrado la vida» (p. 119. El subrayado es nuestro). Este evento provoca el alud trágico que se sucede como consecuencia, pero sobre todo revela que Angela Vicario es capaz de cuestionar y reaccionar dinámicamente contra una tradición que va en detrimento de su condición de mujer. Ella no sólo rechaza la tradición sino que personalmente la destruye y trasciende armada con la inocencia pura que llevaba escondida bajo la estolidez impuesta por los prejuicios.

Desde entonces Angela Vicario experimenta un renacimiento, y el resto de su vida estará dedicado a construir un nuevo orden que negará absolutamente el anterior. Retrospectivamente, si se lee entre líneas, la pobreza espiritual de su vida pasada podría ser más que nada una cavilación que cuestiona su circunstancia, una preparación que culminará la noche de su casamiento. Por su comportamiento en la alcoba nupcial ella se constituye en una anomalía,¹⁷ en un sujeto rebelde que no sigue el orden establecido por la sociedad, que va en contra de un sistema que, como dijimos, aunque considerado «natural,» es violento con la mujer puesto que no toma en cuenta sus necesidades y aspiraciones. Por su conducta, Angela Vicario se convierte en una amenaza para el sistema, y en el cosmos de García Márquez, tal osadía se paga con la expulsión de la sociedad, con años de soledad.

Las consecuencias del nuevo orden se manifiestan dos décadas después de los hechos analizados, cuando el cronista deja bien sentadas las diferencias entre el antes y el después de Angela Vicario, al punto que parece que se tratara de dos personas diferentes. El mismo narrador se sorprende cuando nota los cambios; nos dice: «contestó a mis preguntas con muy buen juicio y con un sentido de humor. Era tan madura e ingeniosa que costaba trabajo creer que fuera la misma» (p. 116); luego

llega a la conclusión de que su prima la boba «Se volvió lucida, imperiosa, maestra de su albedrío . . . y no reconoció otra autoridad que la suya ni más servidumbre que la de su obsesión» (p. 122). Cuan lejos está de la vida que lleva su madre, de aquella «pobre mujer consagrada al culto de sus defectos» (p. 121).

En su nueva vida no podía faltar el amor, no como absoluto sino como diferenciado, personal. Sorprendentemente, el objeto de su pasión es el mismo Bayardo San Román. «Me volví loca por él . . . loca de remate» (p. 121), le confiesa al narrador. El resultado son casi dos mil cartas que le escribe, tarea que le consumió media vida. Comenzó con una esquelita convencional, luego esquelitas de compromiso que fueron seguidas por cartas indignas de una esposa abandonada, y en una ocasión le escribió una carta fulminante de veinte pliegos en la que le «soltó sin pudor las verdades amargas que llevaba podridas en el corazón desde su noche funesta. Le habló de las lacras eternas que él había dejado en su cuerpo, de la sal de su lengua, de la trilla de fuego de su verga africana» (pp. 123-24). En su proceso de liberación, la revelación que Angela Vicario encuentra en la escritura adquiere vital importancia. Susan Hardy Aiken en su excelente estudio sobre «Scripture and Poetic Discourse in *The Subjection of Women*» afirma que «the new dispensation of freedom and unity cannot come until women break the bonds of androcentric discourse used to define - and confine - them.»¹⁸ En este sentido, la mujer debe crear un nuevo lenguaje que no esté sujeto a la cultura masculina, uno que revele sus inquietudes, los más hondos pliegues de su psiquis, y que será manifestado a un nivel poético-mítico.

Este es precisamente el propósito de las cartas de Angela Vicario: ella bucea en lo más profundo de su ser para descubrirse y liberarse para luego proyectarse hacia otros. Esta tarea no es simplemente individual, sino que la revelación encontrada tiene la dimensión de lo arquetípico: sus «lacras eternas» no le son privativas sino que tocan a todas sus congéneres. En esta novela, la escritura de la mujer da su fruto. Una tarde se le presenta un hombre gordo al que ya se le empezaba a caer el pelo: era Bayardo San Román que viene con una maleta con ropas para quedarse y otra con las dos mil cartas ordenadas cronológicamente pero todas sin abrir. Este reencuentro, magnificado a proporciones míticas, tiene los visos de un principio, de la formación de una nueva sociedad, y en forma más restringida, de la rectificación de tantas equivocaciones en este pueblo tan representativamente latinoamericano.

Paralelamente a la búsqueda de Angela Vicario, y al margen de la novela, está la trayectoria de Bayardo San Román, otra víctima de la

sociedad sexista, que en último instante se presenta ante su esposa con un simple «Bueno . . . aquí estoy» (p. 125). Con esta frase simple y significativa él también culmina el camino tortuoso que ha tenido que andar para llegar hasta esa puerta. Con su aparición el varón también niega toda aquella tradición que le impulsó a devolver a la novia. Aunque se deja claro que él no había leído una sola carta, él ha llegado por sí mismo a aquel nivel de comunicación entre los sexos. *Crónica de una muerte anunciada* termina, pues, con un Adán y una Eva que en igualdad de condiciones se han acercado el uno al otro superando el doble determinismo cultural que gobierna al pueblo.

Finalmente, al menos en potencia, tanto el principio masculino como el femenino, que hasta entonces habían existido tangencialmente, están adecuados para integrarse. Hilde Binswanger, utilizando el concepto de la polaridad, afirma que la única manera de comprender el principio masculino es como «a specific way of being related to, or directed towards, the feminine, and the feminine can only be understood as a specific way of being related to, or directed towards the masculine . . . Each exists only through the other, like poles in a dynamic structure.»¹⁹ Bien puede asumirse que tanto Angela Vicario como Bayardo San Román han comprendido la importancia que el polo opuesto juega en su propia personalidad,²⁰ mas no así el resto de la población; y aquí radica precisamente la causa de la tragedia del pueblo objeto de la crónica. Al excluirse a la mujer del ambiente varonil, al negar el uno la parte que posee del otro se crea un vacío que conduce a la alienación y al absurdo de la existencia que leemos en la novela.

Al final de la novela, la sexualidad ya no es considerada como el goce exclusivo del hombre sino de ambos sexos. De este modo, podría asumirse que Angela Vicario pierde su virginidad en un acto de voluntad, en una entrega de amor que le permite experimentar no sólo el lado espiritual del acto carnal sino también la gratificación sensual. La novela en sí culmina con la aceptación de Bayardo San Román de este derecho negado a la mujer. Analizada así, *Crónica* es una novela revolucionaria, donde la sexualidad está vista como un instrumento de autoliberación, como destructora de tradiciones detrimentes enraizadas en tabúes sexuales e instituciones creadas a la medida del varón, y capaz de originar una dinámica regenerativa basada en la equidad.²¹

A modo de conclusión, afirmemos que al identificar a Santiago con Jesucristo (por el paralelo señalado con Santiago, el apóstol), García Márquez en su relato paródico parece decirnos que las consecuencias de la crucifixión han servido solamente para perpetuar la asimetría de los

sexos. Por su inmolación Jesucristo redime a la humanidad al establecer una nueva alianza cuya actualización, en última instancia, depende de una segunda venida. De acuerdo con esta doctrina, para alcanzar la plenitud personal el ser humano debe penar y postergar su felicidad por la promesa de un más allá. Estas exigencias alienan al individuo al negarle la parte corpórea de su humanidad. Tal fragmentación interna es complicada aún más por la jerarquía eclesíástica masculina que desproporcionadamente demanda a la mujer que imite a Cristo en el sacrificio por sus semejantes, en su humildad de espíritu y en su pasiva resignación. La Iglesia, entonces, *institucionaliza* la polarización de los sexos en una sociedad que ya había enclaustrado a la mujer en un estado de inferioridad por medio de un proceso sexista de socialización.

El resultado es que por siglos el varón ha vivido gozando de su «superioridad,» elogiando la humildad y abnegación de la mujer, y sobre todo, perpetuando su estado de «inferioridad.» De tal suerte, se crea una sociedad alienada, donde no es posible un asomo de comunicación, donde tanto la mujer como el hombre están atrapados en diferentes esferas, condicionados por una larga tradición que les obliga a permanecer fieles a su rol asignado, ya sea como opresor o como oprimido.²² En estas condiciones, el hombre y la mujer, que están llamados a formar una totalidad, no encuentran un lenguaje apropiado de comunicación por las falsas demandas que se imponen, por la distorsión de valores que se tienen. Esto impulsa a Prudencia Cotes, novia de Pablo Vicario, a decir que nunca se hubiera casado con él si no cumplía como hombre, si no desagradiaba la injuria (p. 84).

Una vida de esta naturaleza está destinada al fracaso puesto que al realizarse la unión predomina un estado de insatisfacción, en el varón, por complementarse con una supuesta «inferior,» en la mujer, por todo el sistema opresivo impuesto sobre ella. El hombre, al ignorar el polo opuesto que existe dentro de él crea un vacío que tiene que ser rellenado, una falta que tiene que ser rectificada. Mientras tanto la sociedad sexista exigirá víctimas propiciatorias que serán sacrificadas, como Santiago, para sublimar un estado esencial de culpa. Pero para la mujer estos sacrificios, el de Cristo como el de Santiago (y el de tantos otros) son inmolaciones inútiles puesto que no son liberadoras ni crean una revolución que libere a la mujer de las ataduras impuestas por un régimen androcéntrico. El hombre, en su calidad de opresor, no puede liberarla ni autoliberarse sin contradecir su rol asignado por la tradición falocéntrica, sin parecer un traidor a los de su clase. Entonces, le toca a la mujer, a Angela Vicario, autoliberarse, y consecuentemente liberar a su opresor²³

del yugo impuesto sobre él por el culto a la virilidad.

El sacrificio de Santiago no salva a Angela Vicario puesto que ella ya había rechazado toda aquella porquería creada por la sociedad sectaria y sexista, y que conduce a la tragedia. Dispuesta a no asumir más su papel de víctima propiciatoria empieza su revolución y rechaza la violencia impuesta a su sexo, destruye las barreras - sociales y eclesiásticas - que le impiden alcanzar la plenitud de ser completamente humana, niega el sistema que no le reconoce como persona sino que la perpetúa como objeto. Al liberarse de las lacras eternas sufridas, libera al mismo tiempo a su opresor, A Bayardo San Román, al humanizarlo.²⁴ Por eso este varón, redimido por ella, se presenta ante la mujer para emprender juntos un arduo camino, pero libres ya del condicionamiento de fuerzas ancestrales determinantes. Angela es la Vicario de esa nueva orden, de un orden que se confeccionará sobre la marcha, en mancomunidad con el hombre. *Crónica de una muerte anunciada* es, entonces, el germen de un nuevo pacto carnal, temporal y liberador que sustituye al antiguo, espiritual, eterno y opresivo.

NOTAS

1 A este respecto Michelle Zimbalist Rosaldo añade que mientras las hijas desarrollan una psicología femenina, los hijos están siendo capacitados «to know manhood as an abstract set of rights and duties, to learn that status brings formal authority, and to act in terms of formal roles.» Zimbalist, «Woman, Culture, and Society: A Theoretical Overview,» en *Woman, Culture, and Society*, eds. Michelle Zimbalist Rosaldo and Louise Lamphere (Stanford, California: Stanford University Press, 1974), p. 26.

2 «'Domestic,' as used here, refers to those minimal institutions and modes of activity that are organized immediately around one or more mothers and their children; 'public' refers to activities, institutions, and forms of association that link, rank, organize, or subsume particular mother-children groups.» Zimbalist, p. 23.

3 John Stuart Mill, pionero del feminismo, al equiparar lo que es natural y lo que no lo es, concluye que «unnatural generally means only uncustomary, and that everything which is usual appears natural. The subjection of women to men being a universal custom, any departure from it quite naturally appears unnatural.» Mill and Harriet Taylor Mill, «The Subjection of Women,» en *Essays on Sex Equality*, ed. Alice Rossi (Chicago: University of Chicago Press, 1970), p. 138.

4 Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada* (Bogotá: Editorial La Oveja Negra, 1981), p. 67. Subsiguientes acotaciones de la novela aparecerán en el texto con la paginación entre paréntesis.

5 Mary Daly, *Beyond God the Father: Toward a Philosophy of Women's Liberation* (Boston: Beacon Press, 1973), pp. 75-76.

6 Daly, pp. 2-4. Mary Daly sintetiza brevemente la existencia de la mujer bajo el régimen eclesiástico de la siguiente manera: «the entire conceptual systems of theology and ethics, developed under the conditions of patriarchy, have been the product of males and tended to serve the interests of sexist society.» p. 4.

7 *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (Madrid: Espasa-Calpe, 1964), LIV, 327-30.

8 América Castro, *La realidad histórica de España* (México: Editorial Porrúa, 1962), p. 337.

9 Castro, p. 338. El historiador cordobés Ibn Hayyan (987-1076 D.C.) anota que los cristianos de Galicia hacia el año mil llamaban todavía a Santiago hermano de Jesús, y que ambos *formaban una pareja inseparable*. La semejanza física entre ambos es igualmente reflejada en la pintura. Por ejemplo, en el «Retrato de Santiago» por Giovanni Santi en la Sacristía de la Catedral de Urbino, o en «La crucifixión» de Giovanni del Biondo, donde Santiago al pie de la cruz tiene el rostro de Cristo, y sólo se distingue de éste por el báculo de peregrino. Castro, pp. 339-41.

10 Castro, p. 334.

11 Evelyn P. Stevens, «Marianismo: La otra cara del machismo en Latinoamérica,» *en Hembra y macho en Latinoamérica*, ed. Ann Pescatello (México: Editorial Diana, 1977), p. 122.

12 Dorin Schumacher, «Subjectivities: A Theory of Critical Process,» *en Feminist Literary Criticism. Explorations in Theory*, ed. Josephine Donovan (Lexington: The University Press of Kentucky, 1975), p. 32.

13 Zimbalist, p. 26.

Susan Koppelman Cornillon explica que «This difference between the idea of the feminine and the reality of the female may be experienced in a number of ways, but for almost every woman this gap is perceived in terms of personal inadequacy . . . because she fails 'in the raw' to live up to the culture's image of the feminine. She usually interprets the fact that she does not correspond to the cultural definition of the feminine as an exposure of her failure to be 'normal,' her failure to be what she is supposed to be... Women frequently go to self-crippling, self-denying, self-distorting lengths to force themselves into the mold. They are, in effect, involved in a struggle to 'cure' themselves of personhood.» «The Fiction of Fiction,» *en Images of Women in Fiction. Feminist Perspectives*, ed. Susan Koppelman Cornillon (Bowling Green, Ohio: Bowling Green University Popular Press, 1972), pp. 113-14.

14 Ellen Morgan, «Humanbecoming: Form and Focus in the Neo-Feminist Novel,» *en Images of Women in Fiction*, p. 183.

15 Gillian Beer nos provee definiciones tradicionales de la diferencia entre la fuerza del sino y el determinismo. Dice: «In the idea of Fate the apparent autonomy of the human being is interrupted by Fate's interventions and the individual proves to be part of a plot not of his own making. But Fate's interventions are selective, determinism is all-inclusive. In determinism autonomy is extinguished and 'the consciousness of freedom rests chiefly upon an oblivion of the antecedents to our choice'... determinism represents a knowable order which is to be preferred to be aberrant and unscrupulous interventions of 'brute Fate.' Fate reverses or propels, is an external force. Determinism implies an inherent and irreversible order capable of including all phenomena.» «Beyond Determinism: George Eliot and Virginia Woolf,» *en Women Writing and Writing About Women*, ed. Mary Jacobus (New York: Barnes and Noble Books, 1979), pp. 80-81. Angela Vicario rechaza precisamente el determinismo impuesto a su condición de mujer, destruye el inherente e irreversible orden que la encasilla en una posición de inferioridad.

16 Zimbalist deja sentado que «women in many societies will be seen as something 'anomalous.' In so far as men, in their institutionalized relations of kinship, politics, and so

on, define the public order, women are their opposites. Where men are classified in terms of rank, institutional positions, women are simply women and their activities, interests, and differences receive only idiosyncratic note. Where male activities are justified and rationalized by a fine societal classification, by a system of norms acknowledging their different pursuits, women are classified together and their particular goals are ignored. From the point of view of a larger social system, they are seen as deviants or manipulators; because systems of social classification rarely make room for their interests, they are not publicly understood.» pp. 31-32.

17 Susan Hardy Aiken, «Scripture and Poetic Discourse in *The Subjection of Women*,» *PMLA*, 98, 3 (May 1983), 361.

Hilde Binswanger, «Ego, Animus and Persona in the Feminine Psyche,» *Harvest* (London: The Analytical Psychology Club, 1965), II, 2.

18 La conjunción de los sexos es lo que Jung denomina la «contrasexualidad,» esto es que lo femenino «is not the exclusive concern of the females but is a central shaping factor of both sexes, just as the masculine principle is ... We are unable to deal with the masculine psychology unless we give vigorous and searching attention to the feminine, because we cannot fully understand the male unless we understand the feminine elements within the male [that is] the anima. The converse is true for the female. We cannot fully understand her unless we understand the masculine elements within her personality- the animus.» Ann Belford Ulanov, *The Feminine in Jungian Psychology and in Christian Theology* (Evanston, Illinois: Northwestern University Press, 1971), p. 162.

19 Este raciocinio refleja las aseveraciones de Julio Cortázar sobre la función del sexo en la literatura; él asegura que «only by turning conventional values upside down, especially in relation to sexual behavior, can one achieve authenticity.» A este juicio habría que añadir la conclusión a la que llega Steven Boldy al referirse a la novelística de Cortázar, y que es aplicable a *Crónica*, que «Sexual liberation in the novel is thus not just a luxury of the revolution, but a necessary condition to its lasting success.» Estos criterios fueron citados del excelente artículo de D. L. Shaw, «Notes on the Presentation of Sexuality in the Modern Spanish-American Novel,» *Bulletin of Hispanic Studies*, 69,3 (July 1982), pp. 275-82. Allí se encuentra una nueva y fascinante forma de acercamiento temático a la novela hispanoamericana contemporánea que considera la sexualidad «as a valid weapon against the *otredad* of the other person, as a way out of *incomunicación*» (pp. 275-76), y por lo tanto, como un medio más de liberación.

20 Paolo Freire adelanta la hipótesis de que «One of the basic elements of the relationship between oppressor and oppressed is *prescription*. Every prescription represents the imposition of one man's choice upon another, transforming the consciousness of the man prescribed to into one that conforms with the prescriber's consciousness. Thus, the behavior of the oppressed is a prescribed behavior, following as it does the guidelines of the oppressor.» Freire, *Pedagogy of the Oppressed*, trad. de Myra Bergman Ramos (New York: Herder and Herder, 1970), p. 31.

21 «This, then, is the great humanistic and historical task of the oppressed: to liberate themselves and their oppressors as well. The oppressors, who oppress, exploit, and rape by virtue of their power, cannot find in this power the strength to liberate either the oppressed or themselves. Only power that springs from the weakness of the oppressed will be sufficiently strong to free both.» Freire, p. 28.

22 «As the oppressors dehumanize others and violate their rights, they themselves also become dehumanized. As the oppressed, fighting to be human, take away the

oppressors power to dominate and suppress, they restore to the oppressor the humanity they had lost in the exercise of oppression.» Freire, p. 42.